

La sed del mundo

El agua se retira. El mundo se adapta, o no.

Ficción climática · Perspectiva global · Sin héroe, sin villano

15 capítulos · 38.500 palabras · Vocabulario · Preguntas · Clave de respuestas

Washington · Maharashtra · México · Oslo · Lagos · Bangladesh · China · Sahel · taleivo.com

Sobre este libro

La sed del mundo es un libro de ficción climática escrito para lectores de nivel B2 de español latinoamericano. Quince capítulos. Quince lugares. Una crisis que no tiene un centro ni un héroe ni un villano.

El agua se retira del planeta. No de golpe, no con explicación completa. Se retira como se retiran las cosas que la gente solo nota cuando ya casi no están. Lo que este libro muestra no es cómo empezó la crisis sino cómo vive el mundo dentro de ella: cómo los sistemas políticos la gestionan o la ignoran, cómo las personas se organizan o se enfrentan, cómo las comunidades que tienen poco aprenden a distribuirlo y cómo las comunidades que tienen mucho aprenden que tener mucho no es permanente.

No hay resolución. No hay un final donde el problema desaparece. Hay personas haciendo lo que pueden en el espacio que tienen. A veces es suficiente para el momento. Nunca es suficiente para el problema.

Cada capítulo incluye vocabulario con ejemplos del texto, preguntas de comprensión y una clave de respuestas al final del libro. El nivel B2 implica estructuras complejas, vocabulario rico y temas que requieren inferencia y análisis. Este libro es adecuado para lectores adultos; no hay restricciones de contenido.

Índice

- 01** Washington, la capital que se fragmentó
- 02** Maharashtra, lo que el pozo todavía sabe
- 03** La frontera que cambió de sentido
- 04** Oslo, la riqueza que incomoda
- 05** Lagos, lo que el río recuerda
- 06** California, cuando el vecino tiene agua y vos no
- 07** El río Amarillo, la ingeniería del sacrificio
- 08** Bangladesh, la geografía como destino
- 09** La frontera noruega-sueca, lo que el guardia vio
- 10** Nueva Delhi, cuando el centro no sostiene
- 11** Amazonia, la fábrica de lluvia que se apaga
- 12** La Ciudad de México sin fondo
- 13** El Sahel, los que caminan hacia el norte
- 14** Xinjiang, el precio de la eficiencia
- 15** El mundo que había cuando el agua empezó a irse
- Clave de respuestas

Capítulo 01

Washington, la capital que se fragmentó

Había algo extraño en ver el Potomac tan bajo.

No era la primera vez que el río había bajado en verano —los veranos en Washington siempre habían sido húmedos y pesados, pero el calor de los últimos años había cambiado el ritmo de las estaciones de maneras que los meteorólogos describían con cuidado y los políticos ignoraban con igual cuidado— pero esta vez era diferente. Las marcas en los pilones del puente Memorial, esas líneas de cal y óxido que registraban décadas de crecidas y bajadas, mostraban ahora una distancia que nadie había visto antes. El agua estaba dos metros por debajo del mínimo histórico de 1988. El sedimento del fondo, marrón y resquebrajado, era visible desde los senderos del Mall.

El senador Marcus Webb lo vio un martes por la mañana mientras cruzaba el puente en su SUV oficial con vidrios polarizados. Lo vio y siguió leyendo los informes de su equipo sin detenerse, porque había aprendido en veintitrés años de carrera política que detenerse ante las cosas que no podían resolverse antes de las próximas elecciones era una forma de suicidio profesional.

La reunión de emergencia del Comité de Recursos Hídricos del Senado llevaba seis semanas convocada y seis semanas sin quórum. Los senadores de los estados del norte argumentaban que la crisis era un problema del suroeste y que no debía financiarse con fondos federales. Los senadores del suroeste argumentaban que la crisis era un problema nacional y que la negativa del norte era una declaración de guerra política. Los senadores de los estados costeros argumentaban que tenían sus propias prioridades. La presidenta del comité, la senadora Diane Kowalski de Ohio, había declarado ante las cámaras que el Congreso estaba "evaluando activamente todas las opciones disponibles", que era la frase que los políticos usaban cuando no había ninguna opción que nadie estuviera dispuesto a pagar.

En los pasillos del Capitolio, el tema que realmente dominaba las conversaciones no era el agua sino la próxima temporada de primarias. Había un ciclo electoral en ocho meses y ningún partido había encontrado todavía la manera de hablar de la crisis hídrica sin alienar a alguna parte de su base electoral. Los republicanos no podían reconocer el colapso ambiental sin contradecir décadas de retórica. Los demócratas no podían proponer soluciones de escala sin activar el miedo a los impuestos. El resultado era un silencio político cuidadosamente articulado que se presentaba como deliberación.

Fuera del Capitolio, la ciudad era otra cosa.

El sistema de agua potable del Distrito de Columbia había comenzado a implementar racionamiento rotativo tres meses atrás. Dos días de servicio reducido por cada cinco días normales en los barrios residenciales, con excepciones para hospitales y edificios federales. Los restaurantes del centro habían eliminado los vasos de agua automáticos. Las fuentes públicas llevaban meses secas. En algunos barrios del noreste, donde la infraestructura era más vieja y el

presupuesto de mantenimiento había sido recortado cinco veces en ocho años, el agua llegaba con presión tan baja que los pisos superiores de los edificios de apartamentos no recibían nada después de las seis de la mañana.

La doctora Alicia Reyes lo sabía porque vivía en uno de esos edificios.

Alicia era climatóloga del NOAA, llevaba diecisiete años modelando patrones de precipitación y disponibilidad de agua subterránea para el gobierno federal, y había publicado en 2019 un informe que describía con una precisión incómoda exactamente lo que estaba pasando ahora. El informe había recibido cobertura mediática durante un ciclo de noticias de cuarenta y ocho horas antes de ser desplazado por un escándalo del gabinete. En los tres años siguientes había presentado versiones actualizadas del mismo informe ante cuatro comités distintos. Las actualizaciones eran cada vez más sombrías. Las audiencias eran cada vez más cortas.

Esa mañana, Alicia llenó dos jarras de agua antes de las seis, las guardó en el refrigerador, y fue al trabajo en bicicleta porque el metro había comenzado a tener cortes de servicio los días de calor extremo —el sistema de refrigeración de los vagones consumía agua en los intercambiadores de calor y las restricciones de uso habían obligado a reducir la frecuencia de los trenes.

En la oficina, su supervisor le informó que el presupuesto del programa de modelado climático había sido recortado en un treinta por ciento. El recorte era parte de un paquete de medidas de austeridad que el Congreso había aprobado la semana anterior para liberar fondos para la "respuesta a la crisis hídrica nacional", que hasta el momento consistía principalmente en comités de estudio y una campaña de comunicación que instaba a los ciudadanos a "usar el agua con responsabilidad".

Alicia abrió su computadora. Tenía un modelo nuevo que había estado corriendo durante tres semanas y que mostraba que el acuífero Ogallala, que proporcionaba agua a ocho estados del centro del país y que había tardado veinte mil años en formarse, estaba siendo extraído a una tasa que lo agotaría en doce años en el escenario optimista y en seis en el pesimista. El modelo asumía que las lluvias se mantendrían en los niveles actuales, que ya eran un cuarenta por ciento por debajo del promedio histórico.

Guardó el modelo. Empezó a escribir el resumen ejecutivo. Se detuvo después de tres párrafos porque había escrito la misma frase, en distintas formas, en once informes anteriores, y la frase nunca había producido ningún resultado.

A las dos de la tarde, su teléfono recibió una alerta del sistema de emergencias del Distrito: se había producido un incidente en un centro de distribución de agua en el barrio de Anacostia. La alerta pedía a los residentes que evitaran el área. Treinta minutos después llegaron las imágenes en las redes sociales: una multitud de varios cientos de personas había rodeado el camión de reparto de agua potable del barrio, que llegaba tres veces por semana desde que la red de tuberías había fallado en ese sector. Alguien había golpeado al conductor. La policía había respondido con gases lacrimógenos. Había dieciséis detenidos.

El senador Webb, cuando le informaron del incidente desde su oficina, pidió que le redactaran una declaración que expresara "preocupación profunda" y llamara al "diálogo constructivo entre todas las partes". La declaración fue publicada en su cuenta de X a las cuatro de la tarde. Tuvo novecientos cuarenta retuits y cuatro mil setecientas respuestas, la mayoría de las cuales no eran constructivas.

En Anacostia, el camión de reparto no había entregado el agua. El conductor estaba en el hospital con una costilla rota. El camión había sido escoltado fuera del barrio por cuatro patrullas. Las familias que habían esperado desde las siete de la mañana para llenar sus bidones volvieron a sus casas con los bidones vacíos.

Esa noche, Alicia terminó su resumen ejecutivo. Describía el estado actual de los acuíferos, los ríos y los embalses del país. Describía los escenarios probables para los próximos veinticuatro meses. Describía las medidas que, implementadas de manera coordinada y a escala federal, podrían ralentizar el deterioro. Describía las condiciones políticas que harían posible esa implementación.

En el último párrafo, después de revisar lo que había escrito, añadió una sola frase que no había incluido en ninguno de los once informes anteriores: "El margen para la acción coordinada se está agotando más rápido que las reservas de agua."

Envío el informe a su supervisor. Se fue a casa en bicicleta. Llenó tres jarras antes de acostarse, porque al día siguiente era martes y los martes el agua llegaba con menos presión todavía.

El Potomac seguía bajando.

En los días que siguieron al incidente de Anacostia, la ciudad aceleró una dinámica que llevaba meses en marcha pero que hasta ese momento había sido posible describir como "tensión social" en lugar de como lo que era.

Los barrios que recibían agua con regularidad y los que no habían comenzado a tener bordes. No líneas en el mapa —las líneas en el mapa existían desde hacía décadas en forma de racismo estructural y desinversión histórica— sino la versión específica que producía la escasez: cuando el recurso falta, los bordes entre quien lo tiene y quien no se hacen más duros y más visibles de lo que eran cuando alcanzaba para todos.

En el noreste de Washington, donde vivía Alicia Reyes, el barrio había organizado un sistema propio. No oficial, no coordinado con el municipio, sino el tipo de organización que emerge cuando el sistema formal no funciona y hay suficientes personas en el mismo lugar con suficiente capacidad para organizarse. Un grupo de vecinos había identificado las horas del día en que la presión era más alta, habían establecido un calendario de llenado rotativo para los residentes sin cisternas privadas, y habían creado un grupo de señal encriptado para alertar cuando la presión caía o cuando había incidentes en el suministro.

Alicia era parte del grupo pero no lo había organizado. Lo había observado formarse con la misma atención que ponía en sus modelos climáticos: como alguien que toma nota de lo que el sistema

hace cuando las condiciones cambian.

Lo que el sistema —los vecinos del noreste de Washington— hacía cuando el agua escaseaba era lo que los sistemas humanos tendían a hacer cuando el recurso era escaso y la confianza en las instituciones era baja: organizarse lateralmente, con las personas que tenían al lado, en la escala en que la organización era posible. Era el mismo principio que Rajan Desai aplicaba en Varkhed, aunque Alicia no conocía a Rajan Desai y Rajan Desai no sabía que alguien en Washington hacía algo funcionalmente equivalente con herramientas tecnológicas completamente distintas.

El senador Webb presentó una semana después del incidente de Anacostia un proyecto de ley de emergencia hídrica que proponía la creación de un fondo federal de ochocientos millones de dólares para mejoras en infraestructura hídrica. El proyecto tenía catorce copatrocinadores y una probabilidad de aprobación que los analistas del Capitolio estimaban entre el quince y el veinte por ciento, porque requería en el actual clima político una mayoría que los cálculos de ambos partidos hacían improbable antes de las primarias.

Webb sabía esto. Presentó el proyecto de todas maneras porque presentar el proyecto era políticamente útil independientemente de si se aprobaba: le daba material para sus comunicaciones de campaña, lo posicionaba en el lado de la acción ante sus votantes y le daba base para criticar al partido contrario si el proyecto no avanzaba.

Era la mecánica del sistema político funcionando de manera perfectamente coherente con sus propias lógicas.

Lo que la mecánica del sistema político no hacía bien era funcionar de manera coherente con la lógica del sistema hídrico, que tenía plazos que no coincidían con los ciclos electorales.

Alicia publicó una versión simplificada de su informe en el sitio web personal que usaba para comunicar sus investigaciones al público general. Lo tituló "Lo que pasa cuando los plazos no coinciden" y lo escribió con la claridad que había aprendido que el público general necesitaba, sin los tecnicismos que hacían que sus informes formales fueran precisos e ilegibles para la mayoría. El artículo tuvo cincuenta y cuatro mil lecturas en la primera semana. Le llegaron doscientos trece mensajes de respuesta, la mayoría de personas que describían sus propias situaciones con el agua: bidones en los garajes, peleas con los vecinos, facturas de agua que habían subido un doscientos por ciento.

No era política. No era ciencia. Era el registro de lo que la gente estaba viviendo.

Alicia leyó cada mensaje. No respondió a todos. Pero los leyó, porque los mensajes eran el tipo de datos que sus modelos no podían generar: la dimensión vivida del fenómeno que modelaba, la diferencia entre la curva en el gráfico y la mujer de Riverside Hills que llenaba bidones en el garaje.

En la orilla del Potomac, alguien había pintado en el muro de contención una frase en letras grandes que los que corrían por el sendero leían cada mañana: "EL RÍO RECUERDA LO QUE

OLVIDAMOS."

Nadie sabía quién lo había pintado. La municipalidad lo borró después de cinco días. Alguien lo pintó de nuevo esa misma noche.

Lo que hizo el incidente de Anacostia visible de una manera que los incidentes anteriores no habían sido era su transmisión en tiempo real.

Tres personas habían grabado el momento en que la multitud rodeó el camión desde distintos ángulos. Los videos habían sido publicados antes de que la policía llegara. Para cuando el camión fue escoltado fuera del barrio, los videos tenían, en conjunto, más de cuatrocientas mil reproducciones.

En la oficina del alcalde de Washington, un funcionario de comunicaciones pasó la tarde gestionando la narrativa. La narrativa oficial era que se había producido "un incidente aislado en el contexto de tensiones relacionadas con la gestión hídrica" y que "las autoridades están trabajando para garantizar un suministro equitativo en todos los barrios del Distrito". La declaración fue emitida en los canales de comunicación oficiales y fue ignorada, en términos prácticos, por las redes donde los videos seguían circulando.

Los comentarios bajo los videos tenían la estructura que los comentarios de los videos virales tendían a tener: una polarización casi perfecta entre quienes describían el incidente como la consecuencia inevitable del abandono institucional de los barrios del noreste y quienes lo describían como un acto de violencia que ilustraba la necesidad de mayor presencia policial. Los dos grupos usaban el mismo video para llegar a conclusiones opuestas, lo cual era posible porque el video mostraba hechos y los hechos eran compatibles con interpretaciones radicalmente distintas dependiendo del marco desde el que se miraban.

Alicia Reyes vio los videos. Los vio con la misma atención con que leía los datos de sus modelos: buscando lo que mostraban más allá de la superficie.

Lo que mostraban era un camión de reparto de agua llegando a un barrio donde el agua era escasa, rodeado por personas que necesitaban ese agua, con el resultado de que nadie recibió el agua y el camión se fue. Era, en términos de la lógica de la situación, un fracaso del sistema: el sistema de distribución no había logrado distribuir el recurso que se suponía que debía distribuir.

Nadie en la cobertura mediática del incidente lo describió en esos términos.

En los días posteriores al incidente de Anacostia, Alicia Reyes empezó a notar algo en los datos que revisaba cada mañana: los picos de tensión social en los sistemas de distribución de agua no ocurrían cuando el agua estaba en su nivel más bajo. Ocurrían cuando el agua estaba en su nivel más bajo y la distribución era percibida como injusta.

Era una distinción que sus modelos anteriores no habían capturado con suficiente precisión, porque sus modelos medían la disponibilidad del recurso, no la percepción de equidad en su distribución. Y la percepción de equidad resultaba ser un factor tan determinante como la

disponibilidad misma.

En los barrios del noreste de Washington, donde el agua llegaba con presión mínima, la gente no estaba en pánico aunque la situación era objetivamente más difícil que en los barrios con cisternas privadas. La razón era que en el noreste todo el mundo estaba en la misma situación, lo que hacía que la privación fuera compartida y por lo tanto gestionable en términos sociales. El conflicto surgía en los bordes: donde los barrios sin agua colindaban con los barrios con agua, donde la diferencia era visible y diaria.

Alicia añadió esa observación al informe número doce. No como conclusión principal sino como nota al margen, en el tipo de letra pequeña que usaba para lo que le parecía importante pero que no había podido cuantificar todavía con suficiente rigor para incluirlo en el cuerpo principal del análisis.

En la política, mientras tanto, el proyecto de ley del senador Webb seguía en el limbo de los proyectos que tienen suficiente apoyo para existir y no suficiente para avanzar. Doce senadores adicionales se habían sumado como copatrocinadores, lo que llevaba el total a veintiseis. Los analistas del Capitolio seguían estimando las probabilidades de aprobación en el rango del quince al veinte por ciento.

Webb publicó en sus redes sociales una serie de videos sobre la crisis hídrica que tuvieron más visualizaciones que cualquier cosa que hubiera publicado en su carrera. Alicia los vio. Los videos eran buenos en el sentido de que eran claros y mostraban la gravedad de la situación. No decían nada que no estuviera en sus informes de los últimos cinco años.

La diferencia era que los videos llegaban a personas que no leían sus informes.

Nadie en el Capitolio lo mencionó en todo el día.

Vocabulario

el sedimento — *the sediment / silt*

Ej: El sedimento del fondo del río era visible desde los senderos.

el quórum — *the quorum*

Ej: La reunión llevaba seis semanas sin quórum suficiente para sesionar.

el racionamiento — *the rationing*

Ej: El sistema implementó racionamiento rotativo de agua potable.

el acuífero — *the aquifer*

Ej: El acuífero Ogallala tardó veinte mil años en formarse.

la austeridad — *the austerity*

Ej: El Congreso aprobó medidas de austeridad para liberar fondos.

polarizadola — *tinted / polarized*

Ej: El SUV oficial tenía vidrios polarizados.

resquebrajadola — *cracked / split*

Ej: El sedimento del fondo estaba marrón y resquebrajado.

alienar — to alienate

Ej: Hablar de la crisis podía alienar a parte de la base electoral.

el bidón — the jerrycan / water container

Ej: Las familias volvieron a sus casas con los bidones vacíos.

el escenario — the scenario

Ej: El acuífero se agotaría en seis años en el escenario pesimista.

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué indicaba el nivel del río Potomac comparado con el mínimo histórico anterior?
2. ¿Por qué el Comité de Recursos Hídricos del Senado no había podido sesionar?
3. ¿Qué trabajo hacía Alicia Reyes y qué había pasado con sus informes anteriores?
4. ¿Qué ocurrió en Anacostia ese día y cuál fue la respuesta política?
5. ¿Qué frase añadió Alicia al final de su informe que no había incluido antes?